

**LAS TRES MENTIRAS**



Fausto Antonio Ramírez

1

Aquella tarde me acomodé a los pies de mi abuela para escuchar la historia que durante varios días le estuve solicitando, en aquel caluroso e inclemente verano, sin percibir entonces lo que el destino me estaba reservando. Llevaba puesto un camisón blanco de hilo y el pelo suelto, negro hasta la cintura. Me encantaba que la abuela me desenmarañara el cabello, lo hacía con tanta suavidad y delicadeza, que la mayor parte de las veces me daban ganas de dormir, era como una especie de droga que llegaba a poseerme por completo, al tiempo que sentía el toque delicado de la mano de Marta que a cada tirón del cepillo me recogía toda la manta de la melena, esparciéndola sobre mis hombros como si fuera una gasa.

Tenía las piernas dobladas en una misma dirección, con los pies descalzos en un suelo de madera antigua que por otra parte también había sido testigo de la historia de mi dinastía. En casa de Marta sentía recuperar mis raíces más profundas, y mucho más en aquella habitación en la que nos encontrábamos las dos, que fue donde nació mi madre, aunque de ella no conservaba muchos recuerdos.

Marta comenzó la narración mientras la luz se atrevía a irrumpir en la alcoba, sin pedir permiso, pero calentando la estancia que a modo de útero nos cobijaba en una dulce fusión de afecto donde parecía brotar la vida por la intensidad del cariño que entre esas cuatro paredes se respiraba.

—Mariana Salazar llegó a Villamar del Marquesado, el quince de octubre de 1956 —comenzó Marta contemplando mis ojos reflejados en el espejo del peinador— casi mes y medio después de que Don Arturo, el maestro del pueblo,

hubiese muerto de un ataque al corazón. Aquel año, cuando apenas había comenzado el curso escolar, tuvieron que suspenderse las clases por razones de fuerza mayor. La precipitación por traer un nuevo maestro sumió al pueblo en una dura batalla con el Ministerio de Educación y Ciencia, quien finalmente logró que una joven maestra, todavía sin curtir, pudiese incorporarse a la escuela unitaria de aquella parroquia gallega.

Aquella mañana, Mariana se levantó inmersa en una escena con la que se había pasado soñando toda la noche. La noticia de su inminente incorporación al nuevo puesto de maestra no le había dejado casi pegar ojo. Si su padre viviese para verla afrontar su primer destino… Cuántas veces había soñado con ese momento, sin embargo, su ausencia la embarcaba en una alegría incompleta que no tenía más consuelo que la esperanza de que la estuviese viendo desde el cielo, compartiendo con ella el inmenso gozo para el que se había estado preparando con tanto ahínco. Ciertamente, desde que su padre Manuel Salazar había muerto, nada había vuelto a ser igual. Esa mañana, más que ninguna otra vez, Mariana sentía su ausencia como un frío que hiela la sangre. La figura paterna había tenido tanta influencia sobre ella a lo largo de su vida, que era precisamente en los momentos claves de su existencia cuando más experimentaba su falta. Vaciando el contenido de los cajones de la cómoda, empezaron a lloverle los recuerdos que el tiempo había conservado. Todas aquellas cosas heredadas de la familia formaban parte de su contexto vital más inmediato. Era una forma de tener siempre presente las raíces de las que se había alimentado de niña y a las que se seguía sintiendo muy unida, como si de una cría se tratase. En más de una ocasión había pensado que aquella obsesión retentiva por conservar los recuerdos de su sangre tenía mucho más de neurosis, fruto quizás de su inmadurez, que de un sano deseo por

conservar viva la memoria de los suyos. Pero, en cualquier caso, eso era algo a lo que de momento no estaba dispuesta a renunciar, ya que su eterna soledad, hasta ese momento jamás colmada, se alimentaba de aquellos objetos a los que se veía exageradamente atada, pese a su edad. Con una extraña sensación de desnudez interior vació el primer cajón de la cómoda sobre la cama en la que había colocado la maleta abierta, para ir metiendo minuciosamente sus cosas. Mariana no era una mujer en absoluto caprichosa para el dinero, su vida no tenía más horizontes que sus clases particulares a domicilio a las que se desplazaba con más deseo de ayudar que de otra cosa. Sin embargo, aquellas horas que dedicaba a la enseñanza, le permitían llevar una calidad de vida, que sin caer en estrecheces, le permitía vivir con cierto desahogo, fuera de todo lujo fútil al que no estaba acostumbrada. Un pensamiento fugaz pasó por su cabeza, como intuyendo quizás que el pueblo al que ahora iba destinada conservaría vivo el dolor de un pasado terrible que, en definitiva, no tenía nada que ver con ella, ni con sus proyectos de futuro para los que tanto se había estado preparando. Cada vez que Mariana se veía abocada a tomar una decisión de cierto calado, volvía a echar mano de su historia familiar, como para sentir la aprobación de los suyos a los que no podía consultar sus decisiones. Desde que le llegó la carta de requerimiento para incorporarse al puesto de maestra, sus diálogos y referencias parecían de nuevo resucitar, pidiendo el asentimiento implícito de los suyos a los que hacía partícipes con el pensamiento y la oración.

Aquel otoño, el escándalo llegó al pueblo de forma inesperada, cuando los castaños engalanaban *El Bosque de los Rumores* después de un período de lluvias, como nunca se había conocido en toda la comarca. El escándalo llegó con Mariana, una mujer enamorada de su vocación, para la que se había preparado

intensamente. Su primer destino la llevó hasta Villamar, donde iba a tener que luchar con la ignorancia y la malicia, hasta el último día. Cuando estas dos realidades se unen, cortedad mental y mala fe, se puede llegar a hacer tanto daño que sólo una conversión inesperada del corazón es capaz de transformar definitivamente la vida. Esa iba a ser fundamentalmente su tarea, luchar contra lo imposible para abrir las entendederas de aquellas mentes obtusas, cerradas en sí mismas y suspicaces hasta límites extremos.

El pueblo era conocido por sus tres mentiras: ni era villa, ni tenía mar, ni jamás en su historia hubo nunca un marqués. La mentira formaba parte de su idiosincrasia, por eso escondía entre sus gentes una forma de ser oscura y siniestra que a cualquier persona venida de fuera le resultaba casi imposible una vida apacible y tranquila en aquel lugar, que por otro lado escondía los rincones más bonitos que la naturaleza ha sabido crear.

Cuando Mariana llegó para incorporarse a su nuevo trabajo, el pueblo rechazó su presencia, por no ser nacida allí. A aquella gente no le gustaba que los extranjeros vinieran a inmiscuirse en sus costumbres y estilos de vida. Celosos de sí mismos, se creían garantes de una tradición que hasta ese momento no había sido jamás alterada por ninguna otra realidad que no fuera la que el mismo pueblo era capaz de originar. Fiel a sus costumbres, Villamar se autoabastecía de su propio trabajo, y después de una terrible posguerra había conseguido salir adelante con el esfuerzo que todas sus gentes hicieron desde el primer día. Aquellas mujeres, enlutadas la mayoría por la viudedad de las que eran víctimas por culpa de la guerra, se habían convertido en las dirigentes oficiosas, donde cualquier novedad que se intentaba introducir necesitaba la aprobación popular para ser acogida como algo bueno para todos. Dentro de aquel grupo de mujeres aciagas,

destacaba la presencia de Doña Matilde, la viuda del último alcalde fusilado en el 39 por los rojos. Esa mujer tenía en sus manos el poder fáctico de controlar al pueblo entero, y era tan temida por los hombres como por las mujeres. Cualquier iniciativa, social o cultural, necesitaba ser aprobada por ella, si quería ver la luz. Era tal su poder de condicionamiento sobre las demás mujeres del pueblo, que si ocurría algo que ella juzgaba no inscribirse dentro de la moral y la probidad, podía llegar a anular a una persona, con un desprecio hiriente de muerte.

La asociación que dirigía Doña Matilde se había ido constituyendo a través de los años. Prácticamente, la totalidad de las mujeres del pueblo formaban parte de ese entramado para el que no hacía falta ningún documento de pertenencia. Bastaba con adquirir el mismo estilo y la misma forma de pensar para sentirse simpatizante del grupo de “las damas negras”, como así las llamaba despectivamente Mariana. Formar parte de aquel equipo era todo un mérito personal, y el único requisito era hacerle la corte a Doña Matilde para convertirse así en un vigilante infiltrado, en el entramado social del pueblo.

Con el tiempo, Mariana comprendió que los maestros del pueblo, hasta el momento siempre venidos de fuera, eran prácticamente los únicos que se mantenían al margen de aquel mundo de hablillas y de crítica mordaz. No obstante, Mariana se entregó a su labor con toda la pasión de su corazón, intentando pasar por encima de la opinión que podía provocar en aquellas pobres gentes sin cultura y ancladas a una historia de muerte.

El primer día de clase, Mariana descubrió un grupo muy dispar por las edades diferentes que lo configuraban, como por los distintos niveles de formación. Todos eran hijos de las familias del pueblo que venían bien aleccionados sobre el trato que debían prestarle a la nueva maestra. A Mariana le

sorprendió sus miradas punzantes, nada limpias y como habiendo perdido la transparencia de la inocencia más pueril. A menudo se decía que eran viejos prematuros, que sin haber vivido aún el dolor de la existencia, ya traían un resabio recalcitrante. Aquellas pequeñas almas pretendían saber más que ella y mostraban, con un descaro de impertinencia, un abierto rechazo a poder crecer intelectual y humanamente. Aquel primer día fue la gran decepción de Mariana. Con sus técnicas pedagógicas recién aprendidas en la Escuela Normal, no podría ir muy lejos. Tenía que probar otras formas de llegar al corazón de esos chicos si realmente seguía confiando en su deseo de hacer de ellos mejores personas, frente al nido de avispas en el que se veían obligados a vivir.

Los primeros meses de su llegada a Villamar, Mariana tuvo que hospedarse en una pequeña fonda donde le alquilaron una habitación. La casa del maestro, en la que había estado viviendo Don Arturo, necesitaba ser reparada, y esperaban que algún familiar suyo viniera a hacerse cargo de sus pertenencias y objetos personales. Su muerte había sorprendido a todo el pueblo y las prisas por continuar el ritmo normal de las clases habían precipitado la llegada de Mariana, sin darle apenas tiempo para que pudiera disponer de la casa. La nueva maestra se alojó en la pensión de Inés Radaña, una pequeña casa de pueblo de dos plantas y cinco habitaciones. Por allí no solían pasar muchos huéspedes y casi siempre la hostería estaba vacía. Inés vivía sola y se apañaba con los pocos ingresos que ahorraba de algún que otro cliente que en vacaciones se dejaba caer por el pueblo. No es que el pueblo tuviera mucho que ver, pero sus bosques y parajes naturales se habían convertido en un importante atractivo para los curiosos y aventureros de la ciudad. La casualidad quiso que Inés y Mariana se hicieran buenas amigas, despertando el recelo y la crítica en el grupo de las *damas negras*. En verdad, Inés

Radaña no se amoldaba a los cánones que Doña Matilde hubiera deseado de todas las mujeres del pueblo. Inés tenía mucho mundo a las espaldas como para entrar en ese juego despreciable con el que gozaban tanto aquellas enfermizas mujeres. Inés estuvo muchos años en Suiza, sus padres, personas inteligentes, como ella solía decir, se marcharon al comienzo de la guerra y ella volvió al pueblo algunos años después. Su padre tenía, en palabras de Inés, corazón de rojo, y eso allí no se perdonaba. Sin embargo, pese a sus maneras bastante liberales y su pasado poco ortodoxo, en el pueblo tenía una gran autoridad moral. Aquel reconocimiento social le venía de su altura intelectual que la hacía imbatible ante cualquier discusión, por muy peregrina que esta fuera. Inés vivía su vida con una soberana libertad como para pensar y decir lo que le venía en gana, pasando por encima de Doña Matilde y del mismo cura del pueblo, a quien no soportaba ni por su hipocresía, ni por su cinismo.

Mariana encontró en aquella mujer un apoyo importantísimo para soportar la enemistad manifiesta de aquellas gentes e impulsar una forma de enseñanza con la que poder abrirle la mente a aquellos niños, que en el fondo, no eran culpables sino víctimas de la cerrazón de sus padres. La nueva maestra empezó por hacer una vida normal hasta que la hostilidad declarada se le hizo insoportable. Mariana era muy hermosa, tan bella como para convertirse en poco tiempo en el deseo escondido de los hombres del pueblo. Mariana tenía una frescura y juventud envidiables. Su lozanía hacía de ella la persona más codiciada de Villamar y tanto era así, que desde su llegada era prácticamente el único tema de conversación en todos los círculos vecinales. Las mujeres la observaban como la competencia más fuerte frente a sus maridos, y los hombres hablaban de ella como si se tratase de un animal con el que poder aparearse, dando rienda suelta a una virilidad

absolutamente primitiva.

Con el tiempo, Mariana fue comprendiendo los entresijos que movían a las gentes de Villamar, produciendo en ella una profunda decepción de la que conseguía escaparse durante sus clases y en la amable compañía de Inés, con quien había llegado a estrechar una amistad que no terminaba de gustar en ese pueblo. Las dos mujeres tenían algo que el pueblo no estaba dispuesto a aceptar de ninguna manera. Por una parte, la soberana libertad con la que las dos amigas se movían, sin importarles ni la opinión ni las costumbres de allí, y por otro lado, la sensualidad que ambas suscitaban por su belleza o sus maneras cultivadas, que frente al resto, anulaban cualquier intento de emulación envidiosa.

2

Las veces que había escuchado a la abuela hablarme de Mariana Salazar, había provocado en mí un deseo mayor por adentrarme en su propia historia, al tiempo que sentía como si la sangre me bullera por dentro, por la rabia y la indignación ante el comportamiento de todo un pueblo hacia esa mujer. Cuando quise saber la verdad de aquella historia, había notado que Marta echaba balones fuera, era como si quisiera ocultarme algo. La ambigüedad de sus palabras y la falta de detalles, contrariamente a lo que ella pretendía, me despertaba una inmensa curiosidad por saber más de aquella mujer. Había algo en aquel relato que no me dejaba tranquila.

Las vacaciones de verano comenzaron con un sabor a nostalgia agradecida que me hicieron sentirme viva y feliz al mismo tiempo. Adoraba ver a mi abuela desempolvando sus recuerdos a ritmo de mis requerimientos e inquietud. Suponía

que mis ganas por saber más de mí y de nosotras debía alegrarle el corazón, que a decir por la pasión que ponía en narrar todas aquellas viejas historias, la enorgullecían profundamente.

A la mañana siguiente de nuestro primer capítulo sobre Mariana Salazar, me desperté de un salto de la cama y con los ojos todavía hinchados por el sueño de la noche, me dirigí a su habitación para despertarla. La claridad se colaba por debajo de su puerta. Eso me hizo imaginar que ya estaría despierta, aunque enseguida recordé que Marta siempre dormía con las persianas subidas. Desde su habitación podía contemplar la noche, y algunas veces cuando era posible, las estrellas que se fijaban en el infinito. Entré con mucho sigilo en su alcoba y entreabrí la puerta como intentando espiar sus movimientos. No lograba alcanzar la cama con la vista, así que con mayor determinación me atreví a invadir su estancia, sin hacer ruido alguno. Mami ya no estaba en la habitación. La puerta que daba al balcón estaba abierta y el viento levantaba la cortina blanca como una vela hinchada por el viento. La luz me pareció magnífica desde aquel rincón de la casa. Olía a mañana de resurrección, cuando los almendros están en flor, cargados de vida y de savia renovada que anuncia el nuevo tiempo para el hombre y el cosmos entero. Estaba descalza. Andar sin zapatos por casa de mi abuela me daba una confianza extraordinaria, me sentía libre y niña al mismo tiempo. El suelo crujía debajo de mis pies, queriendo acompañar mi paso sencillo y entregado que, en aquella casa, me hacía sentir segura y cándida a la vez. Me asomé al jardín que estaba debajo del balcón. El sol, desde primeras horas de la mañana, alumbraba con fuerza y los pájaros cantaban sin cesar, en un bullicio de fiesta desorganizada que me hicieron sentirme con ganas de vivir, de saltar y de correr. Ahora quería ir en busca de mi abuela, darle los buenos días y estrecharla entre mis brazos. ¡Me

sentía tan querida junto a ella! De pronto me di cuenta de que ya no tendría que volver al internado hasta el mes de septiembre. Tuve la sensación de estar verdaderamente de vacaciones. Los horarios estrictos del colegio habían desaparecido, y quizás tuviera que acostumbrarme a poder hacer lo que me viniera en gana. Con la precipitación que caracterizaban mis movimientos, bajé las escaleras donde estaban nuestras habitaciones y fui en busca de Marta. Entré en la cocina y la vi vestida de forma cómoda, informal, con un vestido largo de lino, estampado en mil colores fuertes, naranjas, amarillos y verde limón, como queriendo indicarme que ahora empezaba lo bueno. Mami estaba de espaldas, preparando café para el desayuno. Su figura, tan estilizada pese a sus años, le daba una apariencia casi señorial. Sus cabellos grises, recogidos en un moño perfecto, permitían descubrir su espalda sobre la que me gustaba pegar mi mejilla, aspirando fuerte su aroma de mujer y besarla en mil expresiones de afecto que nunca terminaban.

—Niña, no me aprietes tanto, que no me dejas casi respirar —dijo Marta con un gesto de querer despegarse de mí, pero agradecida por el abrazo.

—¡Qué bien he dormido, Mami!

—Ya lo sé, desde mi dormitorio escuchaba la cadencia serena de tu respiración, dormías como un tronco.

Me senté en la mesa de la cocina a la espera de que la leche estuviera bien caliente. Tenía hambre pero no tenía prisa. Me gustaba observar a mi abuela entretenida con las tareas del hogar. Tenía tanto gusto en dejar su casa preparada y limpia para que nos sintiéramos a gusto las dos, que no se me ocurría distraerla de sus quehaceres. No es que dedicara mucho tiempo a adecentar la casa, pero Mami era tan disfrutadora que no le importaba perder tiempo con aquellas minucias por

crear un ambiente cálido y acogedor en el que sentirse bien el resto del día.

En la espera de mi tazón de leche descubrí que encima de la mesa de la cocina Mami había puesto un cuaderno de notas. Era un libro de piel roja repujaba con un cierre dorado algo desconchado. El olor a cuero viejo me hizo cogerlo con cierta veneración y lo acerqué a mi rostro queriendo absorber el aroma a antiguo que se escondía dentro de sus páginas.

—¿Qué es esto, abuela? —pregunté con deseos de descubrir enseguida aquel misterio.

—Ábrelo y empieza a leer lo que hay dentro —me dijo Marta, colocándome la leche del desayuno.

Marta me había entregado un viejo manuscrito que parecía una novela o un cuento largo, escrito a mano, con tinta azulada, algo desvaída por el paso del tiempo. Las primeras líneas me parecieron ser las mismas expresiones con las que la abuela inició el día anterior la historia de Mariana.

*“Mariana Salazar llegó a Villamar del Marquesado, el quince de octubre de 1956…”.*

—¡Abuela, así comienza la historia de Mariana! No comprendo nada, explícame qué es esto que tengo entre las manos.

Continué leyendo a media voz, como para que ella se percatara de mi intención. En cierta forma quería que Marta fuera testigo de esa primera lectura.

“*Hace apenas unas horas que Mariana ha llegado a Villamar. Éste es su primer destino como maestra. Después de toda una noche de viaje en ferrocarril se ha visto sola en medio de una ciudad desconocida. Cargando con su maleta ha conseguido llegar hasta la estación de autobuses con dirección a este pueblo. El trayecto no ha sido demasiado*

*largo, comparado con las horas pasadas en el tren en las que no ha podido pegar ojo. En este pueblo no estamos muy acostumbrados a recibir gente de fuera. A su llegada a la plaza del pueblo, donde el autobús la dejó, sintió cómo las miradas de los que paseaban por la plaza la miraban con un descaro al que no estaba acostumbrada. Se ha sentido culpable de algo que no había hecho. Ha sido una sensación extraña, pero durante todo el día ha tenido la impresión de que la observaban o la vigilaban con recelo, y eso empezó a incomodarla. Espero que con el tiempo pueda conquistar la confianza de estas gentes y que pronto los recelos infundados de los vecinos vayan desapareciendo…”.*

Por un momento detuve la lectura para observar a mi abuela. Volví a hacer la misma pregunta del principio. Quería saber su procedencia.

—¿De quién es este diario, Mami? —pregunté con el corazón en un puño.

—Ese manuscrito perteneció a Inés Radaña, la íntima amiga de Mariana con la que estuvo conviviendo en Villamar prácticamente desde que tomó posesión de su puesto como maestra —dijo Mami—. Ayer quisiste saber el final de la historia que empecé a contarte, he pensado que mejor es que la conozcas por ti misma. Aquí tienes el principio, el resto lo podrás conocer si sigues leyendo este escrito, he juzgado que ya tienes edad y madurez para saber, de primera mano, algo que tiene mucho que ver contigo. Después de nuestra conversación de ayer, creo que ya debes saber toda la verdad. Cuando termines de leerlo pregúntame todo lo que quieras, que yo te diré lo que sé y que ahí dentro no está escrito. Ya es tiempo de que conozcas toda la verdad sobre Mariana Salazar —terminó diciendo la abuela, mientras yo seguí sin entender nada.

Las palabras de Marta me dejaron paralizada. Ante mí se abría un misterio

con el que me encontraba en estrecha empatía. Los planes de aquel primer día de vacaciones se vieron truncados por la novedad que aportaba mi abuela. Apuré mi tazón de desayuno lo más deprisa que pude y subí corriendo a mi habitación para empezar la lectura del manuscrito. Corrí las cortinas de la ventana, dejando que la luz irrumpiera con fuerza en mi alcoba y me acomodé encima de la cama, colocando una almohada suplementaria apoyada en el cabezal de la cama. Abrí de nuevo las tapas de piel roja con el cuidado de quien tiene algo frágil entre las manos y continué con mi lectura. Enseguida comprendí que Mariana tuvo unos inicios muy difíciles en un pueblo que no estaba preparado para acoger aires nuevos. Su reciente historia, después de la guerra, lo sometía a un entramado herido de recelos y enemistades encubiertas del que no era capaz de salir haciendo borrón y cuenta nueva. Mariana conocía bien las marcas que deja la guerra en las familias que se han visto involucradas de una u otra forma. La muerte de su hermano Emilio, todavía reciente para ella, le proporcionaba los datos suficientes para saber en qué mundo se estaba metiendo. Su familia tuvo que abandonar su pueblo, siendo ella todavía una niña, en el que su padre trabajaba de maestro. De los suyos había aprendido el arte del perdón y de la superación del dolor que deja la huella imborrable de la muerte y de la sangre. Por más que Mariana quiso mostrar una manera distinta de relacionarse con los demás, sus esfuerzos parecían inútiles en una población que no quería salir de su historia de enfrentamiento en la que diferentes familias se veían implicadas. El deseo de venganza y el odio de la mayoría de sus habitantes hacían de Villamar un pueblo ennegrecido por la vileza y el resarcimiento a toda costa.

3

El grupo de las *damas negras*, liderado por Doña Matilde, se movía a sus anchas por un pueblo atemorizado por la enemistad de sus vecinos. Desde hacía años, la presencia de Inés Radaña resultaba incómoda para ese grupo con pretensiones de manipulación y dominio de todas sus gentes. Inés había entablado una estrecha amistad con Mariana a quien había acogido en su casa durante el tiempo que durasen los trabajos de reforma de la casa destinada a los maestros de la escuela. La relación de estas dos mujeres había empezado a suscitar el recelo de aquellas mujeres, ávidas de poder. Inés descubrió en Mariana a la mejor cómplice para seguir con su vida de independencia y libertad en la que siempre había creído y a la que no estaba dispuesta a renunciar, por mucho que Villamar no quisiera tolerarlo.

Después de la primera semana de trabajo en la escuela, Inés y Mariana hicieron planes para el primer fin de semana de descanso. Había que empezar por adecentar mejor la casa donde Mariana se alojaba. La hospedería de Inés estaba montada de cara al público. Además de las estancias comunes para los huéspedes, el pequeño recibidor donde los clientes podían encontrar un espacio para el esparcimiento, la lectura y el juego, se encontraba la zona privada donde Inés vivía. Al principio, Mariana se alojó en una de las habitaciones destinadas a cualquier huésped. Pero en los planes de Inés, al cabo de unos días de convivencia, había surgido en ella la posibilidad de que Mariana pasara a compartir con ella la parte más íntima y privada de la casa. Mariana no era un huésped más. Inés sabía que en aquella mujer podría encontrar a una confidente, además de a una amiga con la que llegar a compartir su propia vida. Si Mariana

aceptaba su propuesta, estarían puestos los cimientos para el inicio de una buena relación que les haría a las dos más fácil la vida en Villamar.

—Todavía no conoces bien la casa, vamos a empezar por descubrirla juntas, deseo que la sientas como tuya y que no haya nada a lo que no puedas tener acceso —dijo Inés abriendo la puerta que separaba el recibidor de la zona privada.

—¿Cuánto tiempo llevas en Villamar? —preguntó Mariana, descubriendo en las palabras de Inés cierta calidez con la que ganarse su confianza.

—Después de la guerra, me vine a vivir sola al pueblo. Por mi familia sienten un odio extraordinario, especialmente esa Matilde endemoniada que no soportó jamás que mi padre nos trasladase a Suiza, al inicio de los enfrentamientos, pero eso es agua pasada, hoy en día he decidido no mirar más hacia atrás y construir mi vida desde cero, en un pueblo que adoro por su belleza, pero del que no apruebo sus raquíticas costumbres a las que no está dispuesto a renunciar. Pero, a mí eso me da igual, yo paso de ellos, aunque ellos no parecen que puedan pasar de mí —terminó diciendo Inés, con un aire socarrón en su mirada.

La casa de Inés no tenía nada que ver con las casas típicas de los pueblos. Es verdad que la parte destinada a la hospedería conservaba cierto sabor rústico, bien cuidado y limpio, pero las estancias privadas, donde Inés hacía la mayor parte de su vida, -puesto que no era corriente que se acercaran muchos foráneos a pedir alojamiento en su posada- parecía otro mundo.

Al entrar, Mariana observó una enorme librería de madera que iba del suelo hasta el techo, todo lo ancho de la pared. En cada estantería se agolpaba una enorme cantidad de libros de todos los tamaños, la mayoría en doble fila o

colocados encima de los cantos por la falta de espacio. Inés los tenía clasificados por temas y por autores. Había libros en español, en francés y en inglés. Las materias eran de lo más diversas, desde música, pasando por filosofía, historia, ensayo, hasta literatura antigua, clásica y contemporánea. Mariana se alegró al ver aquello. Quizás fuera el dato más importante que empezó a retener acerca de Inés: una lectora empedernida, cultivada y abierta a cualquier cuestión. Lo que no lograba entender es cómo a pesar de su amor por el entorno natural donde estaba situado el pueblo, seguía permaneciendo en un lugar cerrado y oscuro, donde aquellas mentes adoquinadas rechazaban cualquier indicio que supiese a aperturismo de miras.

—Pasa, mujer, no te quedes en la puerta —insistió Inés.

—¡Qué maravilla de biblioteca!, hubiera dado cualquier cosa por tener algo así.

—Pues a partir de hoy, estos libros, como todo lo que hay en esta casa, también son tuyos, úsalos como a ti te plazca —volvió a insistir Inés con una dulce simpatía con la que pudo arrancarle una sonrisa a Mariana.

Con paso decidido, Inés se acercó a una parte de la estantería donde estaban clasificados por época y autores los libros de literatura. Sin apenas mirar, su mano se dirigió casi mecánicamente a la segunda balda, empezando por arriba. Se encontraba ante los volúmenes antiguos y medievales. Cogió el que estaba más a la derecha y lo abrió por donde parecía haber una marca por el uso. Se volvió hacia Mariana, buscando la luz de la ventana, y leyó en voz alta como declamando ante un auditorio:

*El libro es lumbre del corazón;*

*espejo del cuerpo, confusión de vicios;*

*corona de prudentes, diadema de sabios; honra de doctores, vaso lleno de sabiduría; compañero de viaje, criado fiel;*

*huerto lleno de frutos, revelador de arcanos; aclarador de obscuridades.*

*Preguntado responde y mandado anda deprisa, llamado acude presto y obedece con facilidad.*

—Se trata de un texto medieval perteneciente a un Códice de la Biblioteca de Toledo, creo que nos irá bien a las dos tenerlo presente durante el tiempo que dure nuestra convivencia.

Mariana asintió con la cabeza, al tiempo que recogía el volumen de las manos de Inés y volvía a leer el texto en voz baja.

Aquella escena de las dos mujeres confesando su pasión por la cultura y la lectura, me pareció casi sensual. Entendía bien, que en ese momento, se había dado algo mágico que iba a unir a aquellas dos almas en una privilegiada amistad. Esa escena de dulzura y difidencia primera, de rubor y acogida en la que se vieron envueltas, hacía presagiar una estrecha comunión en la que ambas podrían apoyarse. Sentí que aquel relato me iba a llevar por caminos llenos de sorpresa y de dolor, pero ahora no podía dejar de adentrarme en la vida de Inés y de Mariana, sin llegar hasta el final. Al fin y al cabo, si la abuela había tenido la apertura de corazón para entregarme ese tesoro, hasta ese momento oculto para mí, era porque algo importante se escondía tras aquellas páginas manuscritas y no estaba dispuesta a perdérmelo.

Inés Radaña continuó descubriéndole su casa a Mariana. Después de la contemplación de la biblioteca, las dos amigas sintieron como una fuerza interior unía sus vidas. Era difícil de explicar, pero ambas se sintieron electrizadas del mismo modo, intuyendo cosas que iban a ser importantes para ambas, pero que eran incapaces de formalizar. Ciertamente, no era la primera vez que Mariana sentía algo parecido. Esa misma sensación la tuvo con Tamara, su amiga del alma a quien recordó en ese momento por el compromiso de escribirla en cuanto tuviera algo de tiempo. Ahora, la echaba de menos, con mayor fuerza que nunca. Inés tenía algo que le recordaba tanto a su antigua profesora que no pudo contener las ganas de hablarle de ella. Probablemente, esa era la primera confidencia que se hacían las dos. Inés agradeció la confianza que depositaba en ella al abrirle su corazón y desnudar sus sentimientos. Todo parecía apuntar a que algo grande por vivir estaba esperándolas en medio de un pueblo que no veía con buenos ojos la presencia de ninguna de ellas.

4

Desde que Mariana salió para Villamar del Marquesado, Tamara no había vuelto a tener noticias de su antigua alumna. Esa misma mañana, como empujada por una intuición desenfrenada, Tamara recibió una carta de Mariana. Se trataba de la carta que la joven maestra le había escrito y enviado la misma mañana de su viaje. Tamara era una mujer soltera, su vida estaba teñida de la pasión por el arte, a través de la cual sublimaba cualquier otra pulsión que su edad le invitaba a vivir. En su vida no había mucha más cabida para aquello que no estuviera inscrito en el buen gusto, siempre refinado por la estética y la armonía, en cualquiera de sus

facetas. Amaba la pintura, especialmente el barroco flamenco, la escultura y la música. Su casa parecía un verdadero museo que, a través de los años, se había ido construyendo a base de esfuerzo y constancia. Los anticuarios de todo el mundo eran sus únicas excusas para viajar, al igual que las casas de subastas en las que sus contactos la informaban, con cierta asiduidad, de los objetos por los que merecía la pena pujar. Tamara no disponía de mucho capital como para hacer frente a sus caprichos de coleccionista, sin embargo, su sueldo de profesora de universidad y su vida, bastante comedida, le posibilitaban pagarse las obras sobre las que ponía el ojo y por las que deseaba invertir para dar rienda suelta a su gusto por el arte de todos los tiempos.

Mariana solía ir a su casa cada vez que la soledad se apoderaba de su corazón y necesitaba un espacio en el que sentirse acompañada y querida. La casa de Tamara tenía todos los ingredientes para enamorar a cualquier persona con un mínimo de sensibilidad. La relación que mantenían profesora y alumna, con el tiempo, se fue estrechando dejando de tratarse desde un punto de vista puramente académico. La admiración y el respeto que Mariana sentía por Tamara, poco a poco fue dejando paso a la amistad que el afecto les permitió que se expresaran. A decir verdad, en aquel inmenso Madrid, sólo se tenían la una a la otra, a pesar de que sus vidas estaban lo suficientemente llenas de amor al arte y a la cultura como para no sentir el vacío que una gran ciudad termina por hacerte experimentar.

Tamara se sentó en uno de los dos sillones orejeros de la sala de estar donde tenía, dentro de una vitrina de cristal, una talla gótica de una Virgen en cinta. Aquella imagen fue un regalo de sus alumnos de quinto curso, el año que cumplió diez años como profesora de Historia del Arte en la universidad. Realmente, la imagen de la Virgen preñada le resultada de una hermosura inusual.

Aunque era cierto que en el siglo XIII se encontraban reproducciones Marianas en estado de gestación, no dejaba de ser una escultura, en madera policromada, poco habitual. Tamara la tenía expuesta en ese rincón de su casa donde le gustaba refugiarse, buscando la paz y el silencio que el bullicio de la facultad le impedía paladear. La luz de la lámpara de la mesita de madera brillaba con intensidad. Tamara solía sentarse en el mismo butacón, siempre que le apetecía leer, por eso la luz era fuerte, no le gustaba tener que forzar la vista. Por fin, después de un largo día de clases, conseguía estar a solas y tranquila para leer con detenimiento la carta de Mariana que había recogido del buzón antes de subir a su apartamento. Es verdad que el remite delataba la identidad de la persona que le escribía, sin embargo, el papel del sobre y la plumada con su nombre y dirección le hablaban abiertamente de Mariana. A su amiga la conocía perfectamente. Su estilo, un tanto ampuloso y la caligrafía de letra inglesa no le permitía dudar sobre la autoría de la carta que sostenía entre sus manos. Alegre por la misiva, Tamara se dispuso a leer a su antigua alumna.

*14 de octubre de 1956.*

*Querida Tamara:*

*Te escribo con la mayor celeridad que puedo, sin tiempo para despedirme de las personas más cercanas que llevo junto a mi corazón. Acabo de recibir la noticia en la que se me confirma que debo incorporarme inmediatamente, como titular a un puesto vacante en la provincia de Lugo. Ya sabes lo mucho que he luchado por esto. Desde niña he soñado con ser maestra, y ahora que se me brinda esta oportunidad, casi caída del cielo, voy entregada en cuerpo y alma a donde espero dar lo mejor de mí misma, libre y sin ataduras, con el deseo de hallar allí, junto*

*a los alumnos que me toquen, la felicidad de la que tanto tú como yo hemos hablado en estos años. Con cierta amargura dejo mi querida tierra en la que tantas horas de estudio y trabajo he ido entregando en este tiempo, con el deseo de prepararme lo mejor posible por conseguir mi sueño que, desde varias generaciones, ha formado parte de la identidad de mi familia. Mi abuelo fue maestro, mi padre también y, yo ahora, me incorporo a esta fantástica estirpe que me ha pasado el testigo más preciado con el que sueño desde niña. No conozco el pueblo al que voy destinada, tan sólo conozco su nombre: Villamar del Marquesado, pero sé que muy pronto podré sentirlo como mío, porque donde se entrega el corazón allí se aprende a amar a sus gentes, cuando haces del trabajo una pasión más que un oficio.*

*Deseo marcharme sin querer mirar hacia atrás, no soportaría esta separación con la mirada puesta en mi pasado y en las personas que amo de verdad. Quiero hacer la experiencia de lanzarme al vacío, sin medir las consecuencias que una ruptura así podría ocasionarme. Esta es una elección muy meditada y, aunque ambas sabíamos que tarde o temprano iba a ocurrir, no me permito replantearme la decisión por miedo a perderlo todo. No puedo llevarme todas mis cosas, algunas no me interesan siquiera que sigan formando parte del bagaje que he ido acumulando a lo largo de estos años de estudio, sin embargo hay cosas que quiero que tengas. Te las ofrezco con toda la sencillez del mundo. No lo confundas con generosidad o desprendimiento, tan sólo es algo que forma parte del proceso de ponerme en marcha. Quiero que este primer destino me suponga un cambio cualitativo en toda mi existencia. Este será*

*el punto de inflexión que me haga entender que, a partir de aquí, se marca un antes y un después en mi propio devenir. Me hubiera encantado seguir formando parte, lo más cercana posible, de tu vida. Pero, ya ves, las cosas son a veces, no tanto como queremos que sean, sino como la vida las va diseñando. No me puedo resistir a esta llamada novedosa, aunque asumo con dolor los desgarrones a los que tendré que enfrentarme a partir de hoy. Siento sinceramente que nuestra relación no haya podido ir más lejos de lo que mi corazón pedía a gritos, pero tus prioridades no dejaban demasiado espacio libre a la expresión consecuente de nuestros mutuos sentimientos.*

*Ahora debo dejarte. Me voy con el corazón destrozado, pero augurando un futuro mejor que el que estos últimos años me ha brindado la vida. Me llevo conmigo los mejores recuerdos de nuestra amistad compartida abiertamente pero, con la nostalgia de no volver a verte en mucho tiempo. Sólo te pido que no me olvides y que sepas que siempre te estaré esperando. Pronto recibirás noticias mías, ahora debo dejarte para terminar de preparar las pertenencias y, sobre todo, los libros que quiero que viajen conmigo. El tren sale esta tarde y calculo que hasta mañana al mediodía no habré llegado a mi nuevo destino. Cuídate mucho y recuérdame en tus oraciones. Siempre tuya, Mariana.*

La carta de Mariana sorprendió tanto a Tamara que durante unos instantes se mantuvo inmóvil, reclinada en su sillón con los ojos cerrados y repasando las imágenes que su memoria conservaba de su rostro, sus ojos, su voz aterciopelada, sus manos blancas de dedos finos y largos de una piel tan suave como la seda. De

sus ojos se desprendieron algunas lágrimas, mientras sentía la presión de su garganta por el intento de romper el llanto que no lograba salir hacia afuera. Los sentimientos se mezclaban en su interior. La audacia de su decisión le admiraba y le producía una inmensa alegría pero, por otro lado, la realidad de la separación parecía querer abatirla sin misericordia, anhelando desde ese mismo instante un reencuentro que todavía tardaría un tiempo en poder realizarse.

5

La lectura pausada del manuscrito que la abuela me entregó me tenía tan absorta que no logré darme cuenta del paso del tiempo. Las preguntas desfilaban por mi cabeza queriendo correr más de lo que la lectura me permitía. De pronto, me encontraba frente a tres nombres, que de alguna manera estaban relacionados entre sí: Mariana, Inés y Tamara. Lo que aquel diario todavía no me desvelaba era por qué aparecían con tanto detalle cada una de esas personas que, si bien estaban unidas a Mariana, sus vidas no parecían cruzarse, de momento. Tuve miedo. Era como si intuyera que algo desconocido fuese a irrumpir de repente en escena. Sobresaltada cerré de golpe el diario de piel y fui en busca de mi abuela. Las horas habían pasado y hacía ya un buen rato que no escuchaba ningún ruido en la casa. Bajé las escaleras a toda prisa, con cierta inquietud por encontrar a Marta.

—Pero, hija, ¿dónde estabas? —me preguntó mi abuela extrañada de no haberme visto en toda la mañana.

—Estaba tan absorta leyendo el manuscrito que el tiempo se me ha pasado volando.

La abuela sabía que la historia de Mariana iba a despertar en mí una inmensa curiosidad que no terminaría de colmar hasta conocer su final. En su rostro pude descubrir una socarrona sonrisa que delataba una intención bien calculada por su parte.

Mi lectura incompleta del manuscrito no me permitía conocer más sobre la vida de Mariana. Algo tuvo que ocurrirle a esta mujer para ganarse la animadversión del pueblo y el enfrentamiento radical de Doña Matilde y de todo el grupo de las *damas negras.*

—Ven, mi niña, siéntate aquí, veo que estás perdida —dijo la abuela pasando su dulce mano por mi cabeza—. Al poco tiempo de llegar Mariana a Villamar —continuó narrando Marta— su amiga Inés le puso al corriente de unas reuniones que se hacían frecuentemente a las afueras del pueblo. La principal protagonista era Doña Matilde que guardaba celosamente el motivo de aquellos encuentros. Nadie que no fuera del pueblo y tuviera la aprobación del grupo de las *damas negras* podía formar parte de aquella asociación. El grupo se daba cita por las noches y sólo podían entrar mujeres a quienes se les pedía un juramento de fidelidad y confidencialidad. Nada de lo que el grupo realizaba podía ser conocido por ningún otro habitante del pueblo, y de lo que allí se hacía jamás se hablaba ni en público ni en privado. Las reuniones secretas eran la única oportunidad que las *damas negras* tenían para hablar entre sí de sus actividades. Fuera del círculo secreto estaba prohibida cualquier comunicación que tratase del contenido de sus encuentros. Ciertamente, el pueblo de Villamar vivía al margen de aquel grupo, sin embargo todos estaban, de una forma u otra, al tanto de todo. Sin embargo, aquel pacto tácito de silencio rural bloqueaba todo tipo de información que cualquier advenedizo pretendiese usurpar. Mariana, evidentemente, no tenía

acceso a nada lo que aquellas mujeres realizaban. El hecho de no ser nacida en Villamar le imposibilitaba acercarse a aquel círculo tan cerrado. Pero, la clave se encontraba en Inés, una mujer valiente que por sus ideas disidentes debía conocer los entresijos de lo que durante tantos años se venía realizando en el pueblo y para lo que tenía vetada la entrada, con el consiguiente menosprecio de Doña Matilde.

—¿Qué sabía Inés de aquellas horribles mujeres? —pregunté inquisitivamente, deseosa de saber toda la verdad.

—Puedes suponer que la amistad de Mariana y de Inés le llevó a ésta a compartir el secreto tan celosamente guardado por aquel grupo. Cuando Mariana supo de las actividades nocturnas de las *damas negras*, se convirtió en una persona tremendamente incómoda para todo el pueblo. La información que aquellas amigas compartían fue el detonante de un trágico final, todavía sin esclarecer del todo —dijo Marta pasando su brazo sobre mis hombros y apretándolos con fuerza hacia su pecho.

6

Aquella noche no pude conciliar el sueño. Me sentía inquieta, cargada de una angustiosa zozobra, difícil de controlar. Finalmente, opté por encender la luz de la mesilla de noche. Me encontraba tan despierta como en plena hora del mediodía. El calor me asfixiaba. Me desprendí de la ropa que cubría la cama y abrí la ventana de par en par, buscando un poco de aire fresco del jardín. La noche estaba en calma, de una extraña serenidad casi electrizante. Noté cómo se erizaba el vello de mis brazos y me asusté. Volví corriendo a la cama y tomé de nuevo el manuscrito de piel para continuar su lectura. Esa misma noche debía averiguar el

final de esa enigmática historia.

Por primera vez en mi vida iba a tener que enfrentarme a una situación difícil de comprender y más aún de perdonar. El manuscrito de Inés Radaña explicaba con detalle las actividades del grupo de aquellas mujeres funestas. Las noches de luna llena, todas ellas se agrupaban en torno a un viejo roble perdido en medio del bosque. Hacían una enorme hoguera alrededor de la cual bailaban, hasta que los primeros rayos del sol marcaban el final de sus secretos cenáculos. Durante toda la noche, los pitos y tambores hechos con la piel de animales sacrificados, no dejaban de sonar. A ritmo frenético se ofrecían bailes que las mujeres, con los pies descalzos, bailaban hasta la extenuación. El fuego se hacía cada vez más grande a medida que las horas transcurrían y la excitación de todas les hacía perder la noción del tiempo y del espacio. Se diría que entraban en un éxtasis alucinógeno, provocado por el alcohol y los brebajes, allí mismo preparados, a los que se entregaban con delirio.

—¡Dios santo!, si Inés conocía todos estos detalles es porque ella también llegó a formar parte del grupo —me dije al intuir lo que ya era una evidencia irrefutable.

El manuscrito continuaba así: “A Mariana llegué a quererla con toda mi alma, como jamás he querido a ninguna otra persona en esta vida, después de mi padre. A la vuelta del exilio en Suiza, después de la guerra, me sentía tremendamente perdida en un pueblo que había sido testigo y artífice de una cruel matanza entre hermanos. Con el tiempo, la relación con Doña Matilde se fue estrechando hasta límites de una gran intimidad afectiva. No tardó mucho tiempo en darme a conocer aquel secreto, tan celosamente guardado, e invitarme a

participar de sus reuniones. Al principio, mi desconocimiento de aquellas mujeres y el deseo de relacionarme con las gentes de Villamar me llevó a aceptar su propuesta. Pero pronto dejé de sentirme interesada por esos aquelarres que no hacían sino comprar mi silencio dentro de unas relaciones interesadas y poco transparentes. En realidad, yo no formaba parte de ese grupo. Nunca me sentí realmente interesada, si no fuera por la curiosidad de llegar a descubrir los entresijos que aquellas mujeres manejaban. A partir de ese momento, el odio y el aborrecimiento de todo el pueblo cayó sobre mí con la carga de una inmensa losa de piedra que jamás he conseguido quitarme de encima. El grupo de las *damas negras* aceptó que me quedara en el pueblo porque era una forma de tenerme controlada y de que la información que tenía de primera mano jamás saliera hacia afuera. Sin embargo, el precio que tuve que pagar fue terrible e injusto. Desgraciadamente, la amistad que entablé con Mariana le hizo a ella también víctima de una situación jamás buscada. La ilusión con la que se desplazó a tomar posesión de su puesto de maestra no se merecía el vacío que se encontró en Villamar, prácticamente desde su llegada. Si no nos hubiéramos conocido, posiblemente su vida hubiese transcurrido por otros derroteros, pero el destino quiso que nos encontráramos y se quebrara una bonita historia de entrega y dedicación en la educación de sus alumnos que nunca pudo ver colmada del todo. Mariana sufrió las consecuencias de ser conocedora, al igual que yo, de un secreto que nunca debió haber llegado hasta sus oídos”.

En ese momento comprendí que el grupo de las *damas negras*, liderado por Doña Matilde, había decidido acabar definitivamente con aquella situación. Estaban dispuestas a todo, una vez que la primera estrategia de hacerle el vacío a

Mariana no había terminado de surtir efecto. Debían ponerse manos a la obra si querían silenciar realmente lo que a aquellas damas les hacía sombra y eran incapaces de controlar. Se les ocurrió que la manera más radical de acabar con aquella situación sería la de dar pábulo a una serie de rumores en los que la maestra se viera implicada, poniendo en cuestión su propia honorabilidad. Si conseguían desperdigar algún escándalo inventado, posiblemente la maestra se marcharía del pueblo o quedaría para siempre a la sombra de los hombres y mujeres de Villamar.

El argumento les venía servido en bandeja por la relación tan particular y cómplice que Mariana mantenía con Inés, tan sólo les bastaba pillarlas en un renuncio para que la maquinaria se pusiera en marcha. De todos era conocido que los domingos las dos amigas no iban a la iglesia a escuchar el sermón del párroco y eso era una mala costumbre que allí no gustaba nada. En el pueblo sabían que los días de fiesta, por la mañana, durante el tiempo de la misa, Mariana e Inés solían dar un paseo por el *Bosque de los Rumores* y al llegar a la *Charca de las Truchas*, los días de más calor, se atrevían a darse un baño. Doña Matilde pensó entonces que ese podría ser el momento de sorprenderlas en alguna actitud poco convencional, para después acusarlas públicamente de algo que no podrían soportar. Si lo conseguían, los nombres de Mariana y de Inés quedarían mortalmente mancillados.

El grupo de las *damas negras* ideó que si conseguían que Don Fermín, el cura del pueblo, que tantos favores le debía a Doña Matilde, retrasara la hora de la misa, podrían ser testigos de un hecho sin precedentes en la historia de Villamar. Para eso, las dos amigas no debían enterarse del cambio de horario, y aprovechando su descuido, las sorprenderían quizás en alguna actitud poco

decorosa. Así pues, se pusieron manos a la obra, y el domingo, como convenido, las *damas negras* salieron temprano a esconderse entre los árboles del bosque, cerca del lugar donde Mariana e Inés solían refrescarse.

Aquella mañana el sol lucía desplegando una cegadora intensidad, propia de los días más calurosos del verano. Como de costumbre, la maestra del pueblo y la fondista salieron camino del *Bosque de los Rumores.* Mariana lucía un precioso vestido de gasa azul celeste, insinuando las formas de su cuerpo, todavía joven, que hubiera hecho perder la cabeza a cualquier hombre en su deseo de pasión. Las dos se fueron adentrando en aquel vergel, mientras sus risas quedaban esparcidas entre los árboles centenarios, testigos de tantos amores de juventud. Al llegar a la orilla de la charca de agua virgen, Mariana se desprendió de su vestido y se bañó desnuda, como queriendo fundirse con la naturaleza que envolvía su cuerpo descubierto. Inés contemplaba desde la orilla aquel enorme espectáculo de sensualidad y candidez, al tiempo que remojaba sus pies sentada en una roca. El agua bajaba de las montañas en mil cascadas, hasta detenerse en aquella poza para descansar de la travesía que le conducía hasta el mar. En ese remanso de paz, las dos amigas gozaban con una insegura pureza, mientras sentían que sus corazones eran libres para expresarse sin ataduras, frente al mundo que pretendía controlar su respiración.

En un arrebato de euforia enloquecida, Mariana cogió a Inés de la cintura y se la llevó con ella al agua, dejando que sus ropas se mojaran, sin tiempo a desasirse de ellas. Como dos niñas, aquellas dos amigas hicieron del baño un juego inocente y solazoso, con la seguridad de sentirse lejos de la presión que el pueblo entero ejercía sobre ellas.

No muy lejos, un grupo de mujeres observaba la escena con descaro,

rompiendo la intimidad de la amable amistad que en el agua se desenvolvía.

Las *damas negras* abandonaron el bosque con el mismo sigilo con el que habían estado contemplando la escena. Todas ellas se dirigieron hacia la posada de Inés y con una brocha y un cubo lleno de brea pintaron las paredes blancas de la casa con la inscripción de, ¡INVERTIDAS, FUERA!

El grupo se marchó de allí maquinando el final de una historia que ya no podía tener marcha a atrás.

Cuando Mariana e Inés llegaron al pueblo y descubrieron las pintadas de los muros, no pudieron más que lamentarse del grado de maldad y zafiedad que anidaba en el corazón de aquel maldito pueblo. Quizás esa era la gota que terminaba de colmar el vaso, en el que el grupo de Doña Matilde pretendía que se ahogaran de por vida. Mariana e Inés quedaron tan sumamente trastocadas por aquella actitud que esa misma noche decidieron que lo mejor para ellas sería la de abandonar Villamar para siempre. No merecía la pena seguir luchando por una gente que decididamente no quería de ellas allí.

Por desgracia, el manuscrito se detenía en aquella pavorosa escena de rapiña y fisgoneo al acecho malsano. Por más que pasé las hojas del manuscrito no conseguí encontrar ni una sola letra más que pusiera claridad a la historia de Mariana Salazar. La imaginación se me desató, dando rienda suelta a mil finales posibles que llegaron a atormentarme. En cualquier caso, tan sólo una pregunta martilleaba con fuerza mi conciencia: ¿aquella mujer había existido realmente o tan sólo era un cuento como tantos otros que la abuela solía contarme? De repente, se me ocurrió algo en lo que no había caído hasta ese momento.

—¡La caligrafía! —me dije, creyendo que sería la prueba definitiva para

averiguar la identidad de la escritora y llegar a conocer la verdad de aquel asunto. Entonces me acordé de que en el cajón de la cómoda de su habitación, la abuela guardaba algunas de las cartas que ella me había escrito la vez que estuve de colonias en Santander con el internado. Abrí con mucha excitación el sobre, sin atinar a sacar la carta de dentro. Delante de mis ojos era testigo de una gran decepción, la letra de la abuela no coincidía con la del manuscrito. ¿Entonces a quién pertenecía el diario? Si no era de la abuela, ¿cómo había llegado hasta sus manos?, ¿quién se lo había entregado? Sin más preámbulos me dispuse a ir en busca de Marta para que me aclarara el sinfín de interrogantes que no dejaban de asediarme.

—Abuela, necesito que me contestes a algo sin rodeos —dije con unos ojos de inquietud acentuada—. ¿Quién escribió el manuscrito?, pero por favor, no me escondas ya nada más.

—Hija mía, jamás he pretendido ocultarte nada. Todas las preguntas que te haces, sabía que tarde o temprano me las formularías, pero primero necesitaba que tú misma te adentraras en su vida y luego me pidieras la información que le falta al manuscrito. No hay nada oculto que no puedas saber. ¿En verdad quieres saber quién fue Mariana y cómo llegó a mí el manuscrito? Siéntate junto a mí y escucha el final de la historia.

Aquel momento fue uno de los más especiales de mi vida. La confesión de mi abuela me ponía delante de mi pasado y por vez primera llegaba a conocer algo que hasta ese momento me había sido ocultado.

—Lo primero que quiero es que te fijes en las letras de mi nombre —dijo Marta cogiendo una hoja de papel en blanco y un bolígrafo—. Mi nombre es

Marta, así me has conocido tú toda la vida y las personas que me tratan.

La abuela escribió entonces su nombre con mayúsculas en el papel: M A R

T A

—Pero, si inviertes las letras, descubrirás que surge otro nombre con distinto significado y que posiblemente te diga algo.

La abuela escribió ahora su nombre al revés, empezando por la última sílaba y colocándola esta vez al principio de la palabra: T A M A R A

En ese mismo instante todo parecía iluminarse con una claridad meridiana. No tuve que escuchar más explicaciones sobre aquel juego de palabras. Había entendido el mensaje.

—Entonces, ¿tú eres Tamara, la amiga de Mariana? pregunté tan estupefacta como ausente ante el descubrimiento que se abría delante de mi abuela.

Marta estalló en una generosa carcajada que me dejó todavía más desconcertada.

—No, mi niña, yo soy demasiado mayor para ser esa persona. Tamara era tu madre.

7

Sin más dilación, para que pudiera entender todo lo que en el manuscrito no venía narrado, la abuela se apresuró a continuar con la historia.

—A medianoche, cuando todo parecía estar en silencio, las mujeres del pueblo salieron con palos y antorchas hacia la hostería de Inés Radaña, y como

arrebatadas por un encantamiento diabólico prendieron fuego a la casa, comenzando por el tejado y rompiendo cristales y ventanas por donde lanzaron sus llamas encendidas. En pocos minutos todo estada ardiendo, dejándose consumir por ese fuego del infierno que pretendía purificar el pecado que allí se estaba cometiendo. Ante aquel espectáculo dantesco, las mujeres gritaban como fuera de sí, en una algarabía enloquecida. La boca se les llenaba de insultos que las tildaban de pecadoras e invertidas.

A la mañana siguiente, sólo quedaban las cenizas en donde un día estuvo albergada la esperanza de la conversión. Doña Matilde reunió a su grupo de incondicionales, todas culpables de un crimen sin escrúpulos. Se dirigió a todas ellas con la muerte impresa en su mirada, y con una voz ronca y fría les dijo:

*—¡Nadie sabe nada, aquí no ha pasado nada! ¿Queda claro? ¡Ha sido un accidente! ¡Aquí no ha pasado nada! ¡Nada!*

El final del relato terminaba en un terrible dramatismo que jamás hubiera imaginado. A los pocos días de aquella desgracia, Tamara fue al pueblo preguntando por Mariana. Las informaciones, cargadas de hipócrita verdad, terminaron por conducirla hasta las cenizas de la pensión de Inés Radaña. Tamara no pudo recuperar prácticamente nada de las pertenencias de Mariana ni de Inés. Caminando entre los escombros se topó con una caja metálica, totalmente deformada por el fuego, pero con su contenido intacto. Como por una intervención directa del azar, casi predestinado, dentro del pequeño baúl ignífugo descubrió un diario de notas manuscritas encuadernado en piel de cabra teñida de rojo.

—Ese es el libro que estos días has tenido entre tus manos —siguió narrando la abuela, tan emocionada a como yo lo estaba en aquel instante—. Tu madre fue una gran mujer, valiente y rompedora. Cuando murió, entre sus cosas se encontraba el manuscrito de Inés. Hasta entonces, yo tampoco supe nunca nada de la relación de tu madre con Mariana y del triste final de su vida. Al leerlo comprendí que tú, algún día, deberías acercarte a la verdad de una vida, de la que muchas veces te he ido hablando solapadamente para que no cayera en el olvido. Hoy por fin lo sabes todo, pero el crimen de Villamar del Marquesado sigue estando silenciado. Yo ya no tengo fuerzas para continuar, pero creo que el tiempo se ha cumplido para que tú misma te enfrentes a tu propio pasado y puedas, con las pruebas que te entrego, poner fin a la injusticia que se cometió contra Mariana e Inés. En cualquier caso, eso es una nueva página del diario que sólo tú sabrás cuándo y cómo empezar a escribir.

# Este libro fue distribuido por cortesía de:



Para obtener tu propio acceso a lecturas y libros electrónicos ilimitados GRATIS hoy mismo, visita:

[http://espanol.Free-eBooks.net](http://espanol.free-ebooks.net/)

*Comparte este libro con todos y cada uno de tus amigos de forma automática, mediante la selección de cualquiera de las opciones de abajo:*

## Para mostrar tu agradecimiento al autor y ayudar a otros para tener agradables experiencias de lectura y encontrar información valiosa, estaremos muy agradecidos si

["publicas un comentario para este libro aquí"](http://espanol.free-ebooks.net/ebook/Las-tres-mentiras/review).

**INFORMACIÓN DE LOS DERECHOS DEL AUTOR**

Free-eBooks.net respeta la propiedad intelectual de otros. Cuando los propietarios de los derechos de un libro envían su trabajo a Free-eBooks.net, nos están dando permiso para distribuir dicho material. A menos que se indique lo contrario en este libro, este permiso no se transmite a los demás. Por lo tanto, la redistribución de este libro sín el permiso del propietario de los derechos, puede constituir una infracción a las leyes de propiedad intelectual. Si usted cree que su trabajo se ha utilizado de una manera que constituya una violación a los derechos de autor, por favor, siga nuestras

Recomendaciones y Procedimiento de Reclamos de Violación a Derechos de Autor como se ve en nuestras Condiciones de Servicio aquí:

<http://espanol.free-ebooks.net/tos.html>

